

Bólidos de Sombra

Vi pasar la tormenta iracunda
con su corte de cóleras bravas,
hervor de quimeras las nubes fingían
desgarrando al zenit las entrañas;
y escuché la amenaza del trueno
y al clarín de los vientos tocando
contraseñas guerreras, pidiendo
trepidar de metrallas horribles
que sonaban fingiendo
la hecatombe de un Cosmos suicida
o rezongos de un Dios prisionero.
Y tan fiera seguía la tormenta
desflorando quietudes de ensueño,
y el relámpago ser parecía
sabia fusta azotando al Misterio,
que pensé en la grandiosa epopeya
de que Milton nos hizo un bosquejo
y que sólo se vió una vez, cuando
ángeles rebeldes, en gesto supremo
y a pesar de ser Dios su adversario,
con heroico desprecio
y con teas que cual soles fulgieran
invencibles y fieros subieran
al asalto del cielo.

II

Pasó la racha y se extendió en los cielos
el iris de la calma;

la tormenta —ya lejos— parecía
blasfemia transformándose en plegaria,
pecadora contrita que en el templo
por sus culpas rezara
o el amargo suspiro de algún bólido
que intentó ser estrella... y que se apaga.

III

La tormenta en mi espíritu fue olímpica
rebelión de coléricos Titánidas,
y en las densas tinieblas de mis noches
de dudas y de cóleras preñadas,
hubo un florecimiento de volcanes
que cantaban su amor a las montañas
y bramaban celosos de los cielos
que en sus labios de nieve las besaban.

IV

Ahora está todo quieto y el Silencio
en la luna encarnó, mística y blanca;
tan solo en los cristales
de mi pobre y romántica ventana
donde asoman su rostro los rosales,
quedaron, descendiendo, delicadas
gotas de agua muy claras ostentando
transparencias de lágrima.

V

Y después de beber entristecido
el cáliz del dolor hasta la hez,
continué de los sueños el camino.
Después
la caravana de astros cruzaba las arenas
del firmamento azul.

La Noche estaba ornada de alburas nazarenas
y remedaba el cielo de un cuento de Estambul.
Las cumbres continuaban en éxtasis altivo,
humildes, los peñascos domaban la firmeza,
le daban los arroyos ejemplo al peregrino
y le hablaba el Silencio de amor a la Tristeza
las flores demostraban el modo de ser bueno,
simulaba suspiros el céfiro al pasar,
los astros resignados, comprendían al Invierno
y el ave pedía auroras con ansias de cantar.

VI

Yo, en la inmensa quietud de esa Noche,
también esperaba,
como todas las cosas esperan,
poder olvidarla;
en mi pecho la recia tormenta
ya se había convertido en plegaria;
sólo sobre el cristal de mis ojos
—ventanas de mi alma—
había gotas de luz que tenían
transparencias divinas de lágrima.

Nombre de archivo: ARTICULO PENDIENTE
Directorio: C:\Documents and Settings\JOSEFINA\Mis documentos
Plantilla: C:\Documents and Settings\JOSEFINA\Datos de programa\Microsoft\Plantillas\Normal.dot
Título:
Asunto:
Autor: El Retiro
Palabras clave:
Comentarios:
Fecha de creación: 28/04/2011 13:57:00
Cambio número: 207
Guardado el: 10/05/2011 10:29:00
Guardado por: El Retiro
Tiempo de edición: 3,238 minutos
Impreso el: 10/05/2011 10:31:00
Última impresión completa
Número de páginas: 3
Número de palabras: 0 (aprox.)
Número de caracteres: 3 (aprox.)